

te, en el inviolable santuario de mis recuerdos. Y tú Paz, duerme allí acariciada por las perfumadas brisas de las montañas y arrullada por los ecos lejanos del mar, entretanto yo puedo arrojar el pesado fardo de la vida; mientras puedo reunirme á tí en un mundo mejor, pues no dudo que

..... si en la vida

Dos almas dulcemente se estrecharon,

Y al borde de la tumba

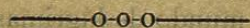
Por mandato de Dios se separarón;

La que va al infinito, soberana,

No da al que deja eterna despedida,

Que allá en lo ignoto espera su alma hermana

Para vivir con ella eterna vida.



LA CRUZ DE TEPIC

El señor de Santiago.

I.

Al sur de Tepic, no lejos de las últimas casas de la ciudad, existe sobre una suave colina un edificio que en otro tiempo fué convento de frailes franciscanos, y hoy es hospital.

En ese antiguo edificio que cuenta algo más de tres siglos de existencia puesto que fué fundado en el año 1546, se venera hace casi el mismo número de años una cruz de zacate á la que la fé religiosa y la leyenda, atribuyen origen sobrenatural y divino.

Un curioso cronista de aquellos tiempos, el Padre Tello, que según parece fué misionero en el Nayarit, refiere así el descubrimiento de la citada cruz:

“Llevando un mancebo una manada de yeguas por aquellos campos, repentinamente se detuvieron como

APILLA ALA COLECCION

APILLA ALA COLECCION

que se espantaban, y por diligencia que se hizo, no pudo conseguir que anduvieran por aquella parte; y creyendo que hubiese algún animal carnicero como lobo, oso, tigre, leon, trató su curiosidad de especularlo; más á pocos pasos advirtió que en la tierra llana de aquellos distritos, se distinguía una cruz de zacate ó yerbas, cuyo verdor apacible le diferenciaba de todas las demás yerbas de aquel campo: ¡vió y revió admirándose! apartábase y se acercaba; veía por un lado y por otro; y de todas partes distinguía lo que antes, como sin reflejo, no había advertido. Dió la noticia á los circunvecinos, quienes quedaron certificados de ser verdadera cruz, y aunque por entonces no les causó tanta admiración cuanta debiera, al ver que entrando Mayo y con los hielos anteriores, áridos los campos, queda aquella cruz en su verdor, la tuvieron por misteriosa; y mucho más, experimentando que se continuaba la maravilla por diez, veinte y más años, sin deterioro; por lo que se fabricó un templo en proporción que desde el altar mayor se pudiese, por una puerta proporcionada, descubrir la maravillosa cruz, para que se le diese la veneración y culto debido.—Dicen algunos que llegó la devoción de los fieles á cubrir la capilla de la Santa Cruz, y les obligó á quitar el techumbre, por conocerse hacia sentimiento su verdor, como que no quiere Dios que la cubra sino el cielo, como advierte San Gerónimo “de losis Hæbraicis” de las piedras de Cristo, y lo refiere adaptándolo á esta Santa Cruz de Tepic, el padre Francisco de Florencia, quien la des-

cribe en el tratado del origen de los célebres santuarios de la Nueva Galicia, refiriéndose á la relación que le hizo el padre Antonio de Covarrubias, ambos de la compañía de Jesús; y también individual tradición de haber predicado en las costas del valle de Banderas, Chacala, Compostela y Tepic un varon por nombre Matias ó Mateo, que arribó sobre las aguas, que se veían en las peñas ciertas letras incógnitas, y varios caracteres que parecían hebreos ó ciriacos: que oían por el mes de Abril sonido de campanas; que en una peña tajada estaban impresas las huellas de dicho varon; y toda la tradición está firmada del padre Rodrigo de Cabrera, visitador y provincial de la Compañía de Jesús, el año de 614.”

El mismo cronista hace la siguiente descripción: “Como á un cuarto de legua del pueblo de Tepic, caminando para el sur en una loma tendida, está el Santuario de la Santa Cruz: tiene dicha capilla la puerta principal al poniente; y entrando por ella, inmediata al presbiterio tiene otra puerta hacia el Norte, por donde se entra al lugar propio de la Cruz, el que está cercado con pared de piedra y cal: dicho cerco tiene por lo largo once varas, y de ancho seis y media, medidas por la parte de afuera; y de alto tres varas una tercia.

“La Santa Cruz con la peana y rótulo tiene cinco varas y una sesma de largo; la cabeza está para el norte, y los pies al sur: está la Cruz formada de tierra y zacate: sobrepuja el cuerpo ó la tierra de que se forma dicha Cruz de la del circuito, seis dedos: está tierra es

muy distinta de la que está en el circuito y restante de dicha loma; por que la del cuerpo de la Cruz se halla como quemada, muy baja, de tal manera que cargando un dedo de la mano sobre dicha tierra, con facilidad se hinca ó cabe dentro de ella: las yerbas ó zacates de que se compone, es imposible reducirlos á método, por ser varias y diversas, así en tamaños, como en especies: mántiense las yerbas todo el año verdes sin que el rigor de Mayo las seque, como consta de la experiencia: hallase un posito pequeño, como de una cuarta de hondo en el pie de la Santa Cruz, y de donde los fieles devotos sacan tierra para hacer panecitos; y considerando la mucha que han sacado, admira el que dicha hoquedad no vaya á más. Se saca continuamente para reliquias, tanta tierra, que se podían hacer muchos montones mayores que el Santuario, y nunca ha padecido disminución, ni la tierra, ni la yerba, ni la forma de la Santa Cruz. El cuerpo propio de la cruz, que se señala desde el pie hasta el rótulo esclusivo, tiene de largo cuatro varas y media que hacen quince pies, que es el tamaño de la en que nuestro Redentor murió: los brazos tienen de largo cuatro varas menos una ochaba: la peana está en forma de medio círculo.

El patrón que hizo la capilla, fué D. Alonso Hernandez Alatorre: no tiene agua, aunque algunas personas dicen que tenía un pocito el cual se seco por haberse lavado un leproso en él, aunque no hay testigo de vista.

En la época en que visité el antiguo convento de la

Cruz (Noviembre de 1884) la maravillosa insignia había sufrido ya cambios notables, así como el edificio en general. En lugar de las celdas que debió haber en el convento, hállanse ahora algunas salas donde se alojan los enfermos, y en vez de los hábitos azules y de las capuchas que debieron cubrir á los robustos y bien nutridos reverendos, solo se ven uniformes militares y las escuálidas figuras de los soldados que no disfrutaron ni con mucho de la holgada vida que en otro tiempo disfrutaron los buenos frailes franciscanos, antiguos moradores del convento.

¡Los tiempos han cambiado lastimosamente!

El huracan de la guerra de Reforma, como un viento de muerte arrasó muchos templos y conventos para abrir anchas calles, plazas y paseos públicos ó edificar cuarteles, teatros y hospitales; y aún en medio de su furor, se atrevió á herir de muerte los milagros y las creencias antiguas.

Cuando el General D. Pedro Ogazón abrió la campaña de Tepic, llevaba consigo al terrible guerrillero, al iconoclasta Antonio Rojas. La persecución sin límites que este audáz revolucionario había declarado al clero y á sus creencias, lo llevo al convento de la Cruz donde acampó abrevando sus caballos precisamente en el recinto donde estaba la milagrosa Cruz de zacate. Contra todo lo que debía esperarse, aquellos caballos no siguieron el ejemplo de la manada de yeguas de que habla el cronista, pues en muy breve tiempo se comieron la cruz y cuanto zacate había al rededor. El osa-

do revolucionario no se limitó á esto. Procurando explicarse el eterno verdor de aquellas yerbas, mandó hacer escavaciones en el suelo del recinto milagroso y á poca profundidad halló una bien conuinada cañería que regaba constantemente el terreno. Desde entonces la milagrosa Cruz ha ido en decadencia y la devoción y las limosnas han escaseado. Yo, á lo menos, solo pude ver una mal formada Cruz que mantienen en el mismo lugar cortando cuidadosa y periódicamente las hierbas que por todo el recinto crecen, de manera que ahora más se ve allí el arte que el milagro de otro tiempo; y, en cuanto á limosnas, solo ví un gran plato de hierro oxidado donde lucía su desnudez una miserable moneda de cobre; cantidad insuficiente aún para reponer la tierra si todavía los fieles la sacaran de allí para hacer panecillos.

## II.

Otra curiosa tradición del territorio del Nayarit, es la que se refiere al milagroso Señor de Santiago. Esta crónica es contemporánea pues da cuenta de uno de los hechos de Manuel Lozada, el Señor de Álica.

Refieren que cuando ya Lozada había alcanzado renombre y poderío, se sintió envidioso de que el pueblo de Santiago Ixcuintla, que estaba comprendido en los terrenos de su mando, tuviera un Señor tan milagro-

so como el que allí veneran. Este Señor es una grande aunque imperfecta escultura que representa á Jesús enclavado en la cruz por el desatentado furor del pueblo judío. Como los conquistadores romanos tenían su famosa Ciudad de Roma, que adornaban con las mejores obras de arte que arrebatan á los pueblos vencidos, así Lozada tenía en el corazón de la sierra su pueblo de San Luis donde vivía y á donde llevaba el producto de sus rapiñas. Un día el reyezuelo, en sus soberanas determinaciones, resolvió apoderarse del Sr. de Santiago y trasladarlo á San Luis para aprovecharse de sus milagros. En consecuencia, armó su ejército y se puso en marcha; llegó al pueblo y contra toda la voluntad de sus habitantes que tuvieron que ceder á fuerza mayor, apoderóse de la milagrosa imagen y la condujo en triunfo á su nido feudal. Con este motivo hubo en la régia posesión del Señor del Nayarit, grandes y ruidosas fiestas en que el robo, el juego, el estupro, el asesinato y la embriaguez se desarrollaron con verdadero lujo. La conclusión fué uno de los terribles actos de justicia del Jefe: que para terminar aquel ruido mandó fusilar, incontinenti, á muchos de los suyos.

El Señor de Santiago llevaba en San Luis una existencia tranquila y, como en el primer pueblo, había ya verificado allí grandes milagros. Pero un día, habiéndose atrevido el ejército de Lozada á presentar acción á los contrarios en un terreno algo menos ventajoso que sus posiciones de la Sierra, fué batido y destrozado, huyendo el mismo Lozada hasta guarecerse en

San Luis. Apenas hubo llegado á su guarida, se dirigió presuroso á la capilla donde estaba el Señor pendiente del madero, y sin darle tiempo para nada, lo azotó de tal modo con el plano de su espada que lo dejó medio muerto. Aquello era un severo castigo por haber permitido que sus huestes fueran destrozadas.

Desde aquel día, el justo resentimiento de la milagrosa imagen se hizo notar, pues que las fuerzas lozadeñas empezaron á sufrir fuertes descalabros. Indignado Lozada por tal conducta, resolvió deshacerse del Señor y al efecto lo mandó echar un día á la corriente del río de Álica.

Este es una confluente del río grande que al pasar lamiendo las casas del pueblo de Santiago Ixcuintla, toma allí el nombre de dicho pueblo.

La imagen fué arrebatada por la corriente. Al llegar frente al pueblo de Santiago, algunos pescadores descubrieron al cristo crucificado que giraba hacia tiempo sobre la superficie del agua, sin pasar de allí. Sacáronlo inmediatamente y lo llevaron con gran pompa al templo de donde en otro tiempo fué extraído. Los de Santiago aseguraron entonces y áun aseguran hoy, que su veneranda imagen se escapó furtivamente de San Luis, para volver á su querido pueblo. Y, aunque se dice que nada hay oculto bajo las estrellas, es lo cierto que los devotos hijos de Santiago no han llegado á saber la tremenda flagelación de que su Señor fué víctima, ni la circunstancia de haber sido lanzado de los dominios del cacique como extranjero pernicioso.

---

## El diablo azotado en Tepetlaoxtoc.

### I.

Obsequiando los deseos y la amable invitación de un respetable amigo, nos dirigimos una nublada mañana de Agosto á la estación del ferrocarril de Irolo donde previo el requisito legal de abrir el bolsillo al expendedor de boletos; emprendimos el vuelo en alas del vapor, como diría un poeta, hacia la villa de Tepetlaoxtoc población situada dos leguas más allá de la antigua capital del rico imperio de Netzahualcoyotl ó sea la histórica ciudad de Texcoco.

Marchábamos á todo vapor dejando atrás á la gran Tenoxtitlán, á la reina de América ostentando sus espléndidos palacios, sus elegantes cúpulas y elevadas torres que veíamos destacarse á lo lejos, al traves de la bruma, como gigantescos y blancos fantasmas surgiendo de sus lagos. Más allá, por donde quiera que volvíamos la vista, descubríamos pequeños pueblos, ve-